



ALICE KELLEN

QUEDARÁ EL AMOR

ALICE KELLEN

QUEDARÁ EL AMOR

MARGOT Y EL RASTRO DE LOS OBJETOS

Edimburgo, Escocia, 1996

Se arremangó y consultó la hora en el reloj. Aún le quedaban dos habitaciones para terminar la jornada, así que iba a llegar tarde otra vez. Arrastró el carrito de limpieza por el largo pasillo del hospital hasta alcanzar la siguiente puerta. Por suerte, al paciente le habían dado el alta y la habitación estaba vacía. Cambió las sábanas y la bolsa de la papelera. Luego entró en acción el desinfectante: frotó la mesilla de noche, los brazos del sillón para las visitas, el baño, la barandilla de la cama y el estrecho armario.

Cuando acabó, era imposible encontrar indicios de la persona que había ocupado la estancia durante las últimas dos semanas: no había cabellos en la almohada ni crucigramas a medio hacer, tan solo una pulcritud aséptica que Margot visualizaba como el vasto hueco que aparece tras vaciar el agua de una piscina.

Ella solía fijarse en el rastro que los pacientes dejaban a su paso, como si fuese la baba brillante de un caracol, pero siempre desde una distancia prudencial. Había aprendido la lección rápido, en cuanto el irritante insomnio había llegado a su vida. Hasta entonces, Margot había servido cafés en un bar de carretera. Limpiar en el hospital no era más complicado que saberse la carta de precios, usar la máquina de café y lidiar con clientes molestos, pero al vol-

ver a casa lo hacía acompañada por las historias que flotaban en los pasillos. La mayoría de la gente no advertía su presencia —el personal de limpieza era invisible—, pero ella sí se percataba de todo y de todos.

Llevaba dos meses en el hospital cuando entendió el verdadero riesgo de aquel empleo: Pearl tenía los ojos almendrados, sonrisa perenne y ganas de hablar cada vez que ella entraba en su habitación. Veintitrés años. Cáncer. Los padres de la joven eran tan encantadores como ella, y pronto las conversaciones dejaron de limitarse al tiempo atmosférico y a la insípida comida. Margot descubrió que Pearl tocaba el violín, que le encantaba escuchar a Queen por las mañanas y que tenía dos gatos que la esperaban en el piso de su abuela, ese que quería reformar en cuanto saliese de allí.

Pero al final no hubo más música ni papel de pared que escoger. Nunca abandonó el hospital.

Tras la muerte de Pearl, el sueño se volvió escurridizo y a Margot las noches se le hacían eternas. Pensaba en la chica y luego en su propia hija. Pensaba en esos padres y luego en su propia concepción del dolor. Pensaba en esa vida que ya no y luego en su propia vida que hasta la fecha sí, pero ¿hasta cuándo? Y aquella historia se mezcló con otras tantas: la madre que no vería crecer a sus mellizos, el sintecho que nunca recibió una visita, ese hombre de cuarenta y tres años que resbaló por culpa del hielo y no pudo contarle, el niño que solo quería jugar al fútbol pese a su hígado rebelde...

—Tienes que poner límites —le decía Eleanor.

—Ya, pero no es fácil. Todas esas personas...

Y dejaba la frase sin acabar, aunque las emociones seguían burbujeando como si en la tripa tuviese un cazo con un fuego siempre encendido que no lograba apagar. El sofocante calor tenía dos funciones: la angustia y el alivio. Así que cada noche, cuando acostaba a Peter y a Anna, se

sentía afortunada al tomar conciencia de la fortaleza de sus pequeños cuerpos, del vaivén de sus respiraciones y de sus mentes ágiles. No, no tenían dinero o una figura paterna. Pero sí salud. En sus niños había futuro.

Con el tiempo, alzó un muro entre el hospital y su hogar. Los ladrillos eran inestables y se venía abajo a menudo, pero Margot arreglaba con prisas los desperfectos. Se convenció de que era lo mejor, y los pacientes con los que se cruzaba a diario dejaron de tener nombre y se convirtieron en números de habitación y patologías diversas. Los veía estirar las piernas por el pasillo como quien observa un paisaje desde lo alto de un risco. «Ahí va una insuficiencia renal a punto de cruzarse con un corazón demasiado grande». No se entretenía cuando entraba a limpiar. Era cordial pero sin florituras. «Buenos días, vengo a poner orden. ¿Le importa si muevo la mesilla un momento? Gracias».

El único problema era ese rastro material ineludible.

La debilidad que Margot sentía por los objetos la empujaba a reparar en lo que habría preferido no ver. ¿Qué cosas decide alguien meter en la bolsa del hospital? ¿Qué se llevaría ella? ¿Acaso los recuerdos y el ser pueden encapsularse en un puñado de elementos? Pulseras, notas, partituras, libros con páginas dobladas, viejas fotografías, biblias, juegos de mesa, dibujos a carboncillo, amuletos, diarios...

Toda esa intimidad en un lugar tan gélido.

Así que, en teoría, aquel día era uno más que tachar del calendario. Otro en el que llegaría tarde y Anna le dirigiría su mirada enfurruñada tras subir al coche. Otro en el que Margot se esforzó por no ver la historia que cada paciente llevaba escrita en la frente. Otro en el que ella entró en la última habitación y apartó la vista con rapidez del hombre que dormitaba en la estancia sumida en la penumbra. Otro en el que, pese al muro, no logró ignorar el brillo del anillo que descansaba en la mesilla.

Un objeto como prueba de humanidad.

Intentó ser silenciosa. Colocó el carrito de la limpieza a un lado, roció el trapo con desinfectante y frotó el armario y la barandilla de la cama. Pasó la mopa por el suelo con movimientos suaves. Se ocupó del cuarto de baño y dejó para el final la mesilla desordenada: había una botella de agua, un reloj de pulsera de aspecto caro, caramelos de miel, unas gafas, pañuelos de papel, una novela de Steinbeck, un cerco de zumo o café y el sencillo anillo de plata. Apartó algunas cosas y tiró otras tantas con la intención de limpiar con el trapo. Cogió el anillo. Solo tenía que moverlo de lugar, pero sintió curiosidad y lo giró entre los dedos. Al hacerlo, advirtió que tenía una diminuta cruz grabada en un lateral y, en la cara interna, encontró una inscripción: «Stone».

—¿Qué estás haciendo?

Soltó el anillo de golpe.

—¡Ay, lo siento!

Se arrodilló en el suelo e intentó dar con él palpando las frías baldosas con las manos; la luz era escasa porque no había llegado a abrir las cortinas de la habitación para no despertarlo. Tardó unos incómodos segundos en encontrarlo, pero, cuando lo hizo, levantó la cabeza con tanto entusiasmo que se golpeó la frente contra la estructura de la cama. Lanzó una maldición entre dientes. De pronto, empezó a sonar un molesto pitido.

—Creo que has desconectado el gotero.

—¿Qué? ¡No, no, no! Espere...

Margot apretó el enchufe y el agudo pitido se extinguió. Respiró hondo. Le ardían las mejillas cuando detuvo la vista en el hombre que la observaba con atención. Pasaba de los setenta años y, a pesar de las arrugas que surcaban su piel, tenía una presencia poderosa; quizá por la fortaleza que se intuía en las líneas de la mandíbula o puede que por el perturbador azul de sus ojos. Llenaba la ha-

bitación. Tenía poco que ver con esos pacientes que se perdían entre las sábanas de la cama, enjutos y grises, porque él, como el polvo, reclamaba cada rincón que había alrededor.

—Una actuación completa —comentó.

—Lo siento muchísimo, soy tan torpe...

—¿Me devuelves mi anillo, por favor?

En ese momento reparó en que aún lo guardaba dentro del puño y una corriente de vergüenza la atravesó mientras se lo daba.

—No pretendía robarlo, solo quería apartarlo para limpiar y, al cogerlo, me ha llamado la atención el grabado. Ha sido una mala idea mover las cosas, pero es que había algo pegajoso... —Las palabras se desvanecieron cuando se percató de que, en lugar de prestarle atención, el hombre observaba el anillo—. Perdone, no volverá a pasar.

Él parecía encontrarse muy lejos de allí.

—Está bien. No te preocupes.

Con alivio, limpió la mesilla mientras el anciano permanecía con la mirada fija en los renglones de luz que burlaban las cortinas. Al terminar, le preguntó si necesitaba algo más y él negó con la cabeza, así que Margot salió de la habitación, se cambió de ropa en los vestuarios y se dirigió al colegio de los niños con quince minutos de retraso.

PETER Y ANNA

Edimburgo, Escocia, 1996

Los dos niños eran rubios, tenían la piel atópica y se morían las uñas. Eso era todo lo que tenían en común Peter y Anna, más allá de una madre que siempre llegaba tarde. Eran los últimos alumnos que esperaban en la puerta del colegio. Él estaba sentado en las escaleras con su habitual actitud pasivo-agresiva. Ella sujetaba con fuerza las correas de su mochila y se mantenía en pie como un soldado.

Ninguno la saludó con especial alegría al subir al coche.

Miró a sus hijos por el espejo retrovisor.

—Lo siento mucho, chicos.

No hubo respuesta, pero Margot sabía que a Anna pronto se le pasaría el enfado, porque su hija era temperamental en la misma medida que poco dada al rencor. Peter, en cambio, era un chico más contenido; a menudo, ella se preguntaba en qué momento de sus trece años había ido poniendo a su alrededor tantos cerrojos, pestillos y cremalleras. Hacía tiempo que Margot no encontraba la llave para llegar hasta él.

—¿Cómo os ha ido el día?

—Un diez en Matemáticas —dijo Anna.

—Enhorabuena, cariño. Valoro el esfuerzo.

—Y el resultado —puntualizó la niña.

—Sí, pero sobre todo el esfuerzo.
—¿Para qué nos evalúan entonces?
—Peter, cielo, ¿algo que compartir?
—No —contestó el aludido.
—Eso ya es *algo* —dijo Anna.
—Cállate, pesada —gruñó Peter.
—No llames pesada a tu hermana.

Él sopló hacia arriba para apartarse ese flequillo cobrizo que casi le tapaba los ojos y que, pese a la insistencia de Margot, se negaba a cortarse.

—No es un insulto. Es lo que es.

—He leído que hay hermanos que pueden llegar a compartir solo un treinta y cinco por ciento de material genético. Espero que sea nuestro caso —comentó Anna—. Seguro que Peter salió más a papá. Quizá hasta también acabe en la cárcel, como él.

—¡Anna! —Margot pisó el freno con fuerza.
—Sí, por asesinar a mi hermana. —Peter sonrió.
—¡Ya basta! ¡Ni una palabra más! ¿Entendido?
—Si digo «entendido», ¿contará como palabra?

Margot respiró hondo e ignoró a Anna, que rara vez daba por terminada una conversación. Había dos niñas dentro de ese cuerpecito de nueve años que permanecía sentado en el asiento trasero del coche: la sabionda capaz de memorizar los nombres de todas las calles en un radio de cinco millas o de bombardearla a preguntas y la que de golpe se comportaba como si tuviese varios años menos y buscaba mimos, sacaba las muñecas que había relegado al fondo del baúl y se resistía a crecer.

—¿Podemos poner música? —pidió Peter.
—Vale. —Margot sintonizó una emisora.
—Mami, ¿cosiste las mariposas del tutú?
—Sí, no te preocupes por eso, Anna.

La noche anterior se había quedado despierta de madrugada para coser las pequeñas mariposas al ceñido cor-

piño rosa. Y allí, mientras daba una torpe puntada tras otra, se había preguntado si las demás madres de la clase de *ballet* también habrían acabado el martes de la misma forma, agotadas y rememorando aquellos días lejanos en los que todo era fácil y la vida pesaba menos. Ellos no. Margot apostaba la mano derecha a que pocos padres estaban al tanto de las puñeteras mariposas de tul y los imaginaba roncando en la cama mientras sus mujeres lo dejaban todo a punto para el día siguiente.

En la obra de teatro de Margot ni siquiera había un hombre al que poder reclamarle su parte de responsabilidad. Bueno, existir... existía. Pero había sido un error. Pero nunca había dado la talla. Pero su ausencia era insalvable. Pero los niños lo llamaban «papá» como llamaban «cartero» al tipo pelirrojo que abría el buzón cada día. Pero era mejor así.

—¿Es necesario que baje del coche? —Peter resopló.

—No, quédate. —Estacionó a dos calles de la academia de *ballet*—. Venga, Anna, coge la bolsa. —Las dos se encaminaron hacia el edificio.

En los vestuarios, se afanó en quitarle la ropa, recogió las medias entre sus dedos y le pidió que metiese el pie dentro. No debería ayudarla a vestirse. Podía oír en su cabeza la voz de la tutora de Anna: «Los niños tienen que ser autónomos». En ocasiones añadía: «No les estamos haciendo ningún favor al bañarlos, vestirlos o prepararles la mochila, sino que mermamos su independencia». Margot estaba de acuerdo con las ideas de la tutora. En teoría, claro. En la práctica era otra cosa. Cuando al caer la noche Peter no había hecho los deberes, aún tenía que preparar los almuerzos y Anna aparecía en escena para preguntarle algo como: «¿En el mundo hay más estrellas de mar o estrellas en el cielo?», a Margot le importaba poco la autonomía. Luego, ya metida en la cama, se repetía que era una buena madre, pese al estrés y la impuntualidad y lo poco

que le gustaba cocinar y las manualidades de dudoso gusto y, y, y...

—¡Mamá, me haces daño!

Se disculpó mientras terminaba de hacerle el moño. La profesora Clark le dirigió una severa mirada cuando llegaron al salón de baile. El resto de las alumnas ya estaban allí y se movían al ritmo de la melodía de piano. Anna se unió a ellas.

Cuando Margot regresó, Peter no estaba en el coche. Dio una vuelta por las calles de alrededor sin éxito. Al borde del pánico, lo vio aparecer a lo lejos con los cascos puestos y el *walkman*.

—¿No te he dicho que te quedases en el coche?

—Quería estirar las piernas —se excusó Peter.

—¡Estaba preocupada! La próxima vez que te apetezca dar un paseo, solo tienes que avisar antes.

Peter se encogió de hombros. A veces, Margot deseaba zarandearlo. Apenas hablaron hasta que Anna salió de la academia. Él estuvo escuchando música en ese aparato que llevaba a todas partes como si fuese un apéndice. Ella se limitó a mirar la vida pasar por la ventanilla.

Una hora después, se adentraron en la rutina: Clash los recibió con ladridos, Peter dio un portazo tras meterse en su habitación, Anna siguió contando en susurros («doscientos cincuenta y seis mil, doscientos cincuenta y siete mil, doscientos cincuenta y ocho mil...») y Margot, cansada, suspiró al ver la cocina hecha un desastre, tal como la había dejado por la mañana antes de salir corriendo al colegio y al trabajo.

Le dio una salchicha al perro y, luego, miró de reojo el manojo de cartas que aún no había abierto. Total, no hacía falta. Ya sabía lo que eran:

Facturas.

Facturas.

Facturas.

En ese momento, llamaron a la puerta. Eleanor estaba allí y, en un instante de debilidad, Margot deseó echarse en sus brazos y dejarse caer. Se hizo a un lado para permitirle el paso y siguió hasta la cocina el andar grácil de la mujer de mediana edad, que la miró y le dijo:

—Tú ocúpate de la cena de los niños. Yo fregaré.

Margot sonrió agradecida. Eleanor se arremangó.